

EVOLUCIÓN DE LAS/LOS ALUMNAS/OS Y SU RELACIÓN TANTO CON EL SABER MATEMÁTICO COMO CON LOS PROFES

Luis Pérez Bernal

Con seguridad, el apartado que se me ha encargado es el más difícil de los tres, ya que en él el papel del profesor es el de observador, más o menos atento. Por tanto, lo que sigue es mi opinión, subjetiva por supuesto, indesligable de mi propia evolución a lo largo de estos años y del alumnado con el que he compartido las aulas en diversos Institutos de Enseñanza Media y Bachillerato. A lo sumo, podrá gozar de mayor consenso en la medida en que sea capaz de reflejar opiniones de algunos de esos alumnos y de mis compañeras y compañeros con los que he conversado larga y asiduamente, no sé si profundamente, sobre nuestros alumnos.

El único consuelo es que cualquiera que lo intentase tendría parecidos condicionamientos. Soy plenamente consciente de la injusticia que supone cualquier generalización y de que mi «ambiente» es bastante minoritario, con lo que el sesgo ideológico aflorará por todos lados. Hay dos circunstancias agravantes en la generalización:

*Salvo por la intensidad con que se manifiestan, los comportamientos individuales se mantienen a lo largo de esos años (aunque la memoria traicione, siempre ha habido pasotas, interesados, ...) y la evolución se referirá a los comportamientos colectivos;

* No son homologables las actitudes a edades menores (más fáciles de influenciar) que a los 16-18 años (prácticamente inamovibles).

En el tema propuesto hay demasiadas personas implicadas, con sus «circunstancias» y sus sentimientos, con sus caracteres y sus ilusiones. Siempre habrá:

- * profesores que comuniquen mejor con los alumnos
- * alumnos entusiasmados con las matemáticas, o con sus profesores, o con ambos.
- * alumnos marginados por cualquier metodología
- * problemas de convivencia en las aulas
- * ambientes más o menos favorables para el aprendizaje

Y dudo mucho que llegue a concretar algunos aspectos en las matemáticas y sus profesores. A mi entender, es preciso contemplar una serie de variables sociológicas (número, nivel sociocultural, expectativas socio-laborales, valores sociales y educativos, ...) y otras que determinan la «política de aula» (solidaridad, interés, trabajo, aceptación de normas,

...).

En pocas etapas, aunque sea pecando de esquematismo, puede resumirse esta evolución:

0. Un alumnado, todavía minoritario, procedente de las clases menos desfavorecidas, consciente en cierta medida del privilegio de acceder a la enseñanza, relativamente homogéneo (más en las actitudes que en las capacidades), con valores sociales asumidos desde la familia (orden, puntualidad, respeto, autoridad, ...).

Las relaciones en el aula son un trasunto de las relaciones familiares y en ellas se asume obedientemente lo que dicta la autoridad. En matemáticas, mucho más que en otras materias, la "verdad" está dictada y asumir y repetir el esquema propuesto es la tarea fundamental. Hay una identificación casi absoluta entre el "se me dan" y el "me gustan", generalmente muy influenciada por la capacidad operativa de los alumnos. El "alumno bueno" es el que mejor imita al profesor que a su vez siente una paternidad intelectual hacia él.

1. A este alumno, entre asombrado y fascinado, (algunos profesores) le ofrecen dos novedades importantes: un acercamiento personal (no necesariamente coincidente con el tuteo) y una participación activa en su aprendizaje de las matemáticas. La opinión del alumno empieza a ser importante y en la medida en que esto es así, los lazos afectivos se estrechan. Sería absurdo decir que se acabaron los traumas con las matemáticas, pero sí es cierto que se humanizaron más las clases, que se recababa y se encontraba una colaboración siempre necesaria.

El sueño de una tarea común hace mucho más transitable el trabajo en el aula y se asume en general un generoso esfuerzo por aprender. Se tiene fe en el proyecto y la pasión y la ilusión se apoderan del ámbito escolar (nos queremos). No hay apenas presión con las calificaciones ya que en su mayor parte son positivas; la valoración del trabajo diario y los planteamientos a largo plazo compensan en gran medida la mejor o peor asimilación de contenidos (en los cursos superiores es distinto).

Aunque las actividades sean individuales o en pequeño grupo, la concepción del aula es global y los valores colectivos se imponen.

En cualquier caso, existe una razonable alternativa laboral para aquellas personas que se marginan o son marginadas por el sistema educativo; la opción de «dejar de estudiar» se contempla como viable.

En este ambiente favorable las diversas opciones metodológicas potencian nuevas actitudes; el centro de interés está en «cómo aprender mejor». En la clase se habla, se discute, se pregunta, ... en definitiva se participa.

2. Un alumnado, progresivamente mayoritario, de extracción social menos homogénea, sin valores colectivos definidos, que es consumidor de la enseñanza. Hay en él una diversidad absoluta de intereses y actitudes, y está marcado por un exceso de "determinismos": «¿para qué me sirve?», «yo voy a estudiar ...», «yo no quiero estar aquí», ...

La falta de valores colectivos provoca conflictos entre los alumnos; la insolidaridad aflora y la convivencia es menos fácil. Tampoco son ajenas a esta situación las nuevas relaciones establecidas en la familia, más dialogantes pero menos definidas en lo que a transmisión de valores se refiere. Por ejemplo, se asume con naturalidad el fracaso escolar y ante la ausencia de otras expectativas, aumenta considerablemente el número de repetidores en el aula, lo que distorsiona bastante al colectivo.

La actitud general es menos activa, la participación se mediatiza al no existir un clima de confianza y se reclama mayor protagonismo del profesor, tanto para imponer una disciplina como para explicar «qué es lo que hay que hacer».

Al menos dos grupos bien diferenciados en el aula; los marginados del sistema: (sobre todo incapaces de esfuerzo, concentración, atención, ...) que niegan la palabra más allá del «yo no me entero de nada» y los dispuestos a esforzarse por intentarlo. Estos grupos han existido siempre, pero el peso de los primeros va aumentando año tras año; quizás por eso unos pocos necesariamente intransigentes con la situación -ya que se sienten agredidos por ella- plantean problemas de convivencia que distraen la atención general de los problemas de aprendizaje. Por tanto, hay un factor de tensión nuevo que condiciona todo lo demás. Aún así, las conductas no son abiertamente beligerantes.

En esta situación, la importancia de lograr un buen ambiente centra la mayor parte de los esfuerzos del profesor. Ha de echar mano de todos sus recursos, más

de los personales que de los metodológicos, para estimular el trabajo y la actividad en el aula.

Hay que pactar, y no siempre es fácil, con los disconformes para que respeten el trabajo de los demás. El aprovechamiento del tiempo en el aula es cada vez más reducido y ello exige a los alumnos (sobre todo a los menos capaces) un notable esfuerzo suplementario fuera del horario escolar.

Las actividades y propuestas de aula son aceptadas por un número cada vez menor de alumnos; hay bastante gente descolgada del proceso. Se respira un cierto aire de impotencia; las relaciones son más distantes con el profesor, faltan intereses comunes y la incompreensión aflora. Solamente una minoría encuentra satisfacción.

3. Un alumnado, que engloba a toda la ciudadanía de la misma edad, obligado a utilizar un servicio público, acostumbrado a oír hablar de derechos y poco o casi nada de deberes. Un reduccionismo ambiental que impide entrar en matices y una obsesión generalizada por los resultados y la velocidad con que se adquieren.

La disfunción entre lo pretendido por el sistema y los muy diversos intereses de los alumnos es muy grande; ello hace mucho más difícil las relaciones en el aula. Algunos alumnos, marginados en grado superlativo, adoptan actitudes violentas; otros esperan resignadamente a cumplir los 16 años; y otros mantienen algunas expectativas dentro del ámbito escolar. La comunicación es difícil entre los propios alumnos y tampoco es precisamente fluida con el profesor.

Ya es absolutamente imposible concebir el aula de forma global y el profesor recurre a la organización de múltiples tareas en el aula como única respuesta viable a la situación. Buscando esa individualización de los aprendizajes se difuminan los aspectos colectivos y los alumnos cada vez son menos compañeros.

La etapas no son necesariamente cronológicas y se solapan e incluso cohabitan en distintos grupos de alumnos o con distintos profesores, en ámbitos rurales o urbanos; algunas no pertenecen a mi experiencia (la última, en concreto) y la cuento por referencias también subjetivas.

Probablemente lo más sensato hubiese sido no decir nada, pero ya está dicho.